

La represión israelí en Cisjordania provoca la mayor ola de desplazados en varias décadas

21/02/2025



A pie y en automóvil, a través de olivares embarrados y bajo las miras de francotiradores, decenas de miles de palestinos han huido en las últimas semanas de las operaciones militares israelíes en el norte de Cisjordania, el mayor desplazamiento en el territorio ocupado desde la Guerra de los Seis Días de 1967.

Después de anunciar una amplia represión contra los milicianos de Cisjordania el 21 de enero, solo dos días después de su acuerdo de alto el fuego con Hamás en Gaza, las fuerzas israelíes descendieron sobre la inestable ciudad de Yenín, como han hecho decenas de veces desde el ataque de Hamás el 7 de octubre de 2023 contra Israel.

Pero a diferencia de operaciones pasadas, las fuerzas

israelíes luego se adentraron más y con más fuerza en varias ciudades cercanas, como Tulkarem, Far'a y Nur Shams, dispersando familias y despertando amargas memorias de la guerra de 1948 en torno a la creación de Israel.

Durante esa guerra, 700.000 palestinos huyeron o fueron obligados a abandonar sus hogares en lo que ahora es Israel. Esa Nakba, o "catástrofe", como la llaman los palestinos, dio origen a las abarrotadas ciudades de Cisjordania que ahora están bajo asalto y que aún se conocen como campos de refugiados.

"Esta es nuestra nakba", dijo Abed Sabagh, de 53 años, quien metió a sus siete hijos en el automóvil el 9 de febrero mientras sonaban granadas de sonido en el campamento de Nur Shams, donde nació de padres que huyeron de la guerra de 1948.

TÁCTICAS DE GAZA

Los trabajadores humanitarios dicen que no han visto tal desplazamiento en Cisjordania desde la Guerra de los Seis Días de 1967, cuando Israel capturó el territorio al oeste del río Jordán, junto con Jerusalén Este y la Franja de Gaza, desplazando a otros 300.000 palestinos.

"Esto no tiene precedentes. Cuando sumas a esto la destrucción de infraestructura, estamos llegando a un punto en el que los campamentos se están volviendo inhabitables", dijo Roland Friedrich, director de asuntos de Cisjordania para la agencia de refugiados palestinos de la ONU. Más de 40.100 palestinos han huido de sus hogares en la operación militar en curso, según la agencia.

Los expertos dicen que las tácticas israelíes en Cisjordania se están volviendo casi indistinguibles de las desplegadas en Gaza. El plan del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, de un traslado masivo de palestinos fuera de Gaza ha envalentonado a la extrema derecha de Israel para renovar los llamados a la anexión de Cisjordania.

“La idea de ‘limpiar’ la tierra de palestinos es más popular hoy que nunca”, dijo Yagil Levy, director del Instituto para el Estudio de Relaciones Civiles-Militares en la Open University de Reino Unido.

El Ejército israelí niega haber emitido órdenes de evacuación en Cisjordania. Dijo que las tropas aseguran pasajes para aquellos que desean irse por su propia voluntad.

SIETE MINUTOS PARA DEJAR EL HOGAR

Más de una docena de palestinos desplazados entrevistados en la última semana dijeron que no huyeron de sus hogares por miedo, sino por órdenes de las fuerzas de seguridad israelíes. Los periodistas de Associated Press en el campamento de Nur Shams también escucharon a soldados israelíes gritando a través de megáfonos de mezquitas, ordenando a la gente que se fuera.

Algunas familias desplazadas dijeron que los soldados fueron educados, tocando puertas y asegurándoles que podrían regresar cuando el Ejército se fuera. Otros dijeron que fueron despiadados, saqueando habitaciones, agitando rifles y sacando a los residentes de sus hogares a toda prisa a pesar de las súplicas por más tiempo.

“Estaba sollozando, pidiéndoles: ‘¿Por qué quieren que deje mi casa? Mi bebé está arriba, solo déjenme ir a buscar a mi bebé, por favor’”, recordó Ayat Abdullah, de 30 años, desde un refugio para desplazados en la aldea de Kafr al-Labd. “Nos dieron siete minutos. Traje a mis hijos, gracias a Dios. Nada más”.

Les dijeron que se las arreglaran por su cuenta, de modo que Abdullah caminó diez kilómetros (seis millas) por un camino iluminado solo por el brillo de su teléfono mientras la lluvia convertía el suelo en barro. Dijo que abrazó a sus hijos con fuerza, desafiando a posibles francotiradores que habían matado a una mujer embarazada de 23 años solo unas horas

antes, el 9 de febrero.

Su hijo de cinco años, Nidal, interrumpió su historia, juntando los labios para hacer un fuerte sonido de zumbido.

“Tienes razón, mi amor”, respondió ella. “Ese es el sonido que hacían los drones cuando dejamos el hogar”.

POR AHORA, HOSPITALIDAD

En la cercana ciudad de Anabta, voluntarios entraban y salían de mezquitas y edificios gubernamentales que se han convertido en refugios improvisados, entregando mantas donadas, sirviendo café amargo, distribuyendo huevos hervidos para el desayuno y preparando grandes cantidades de arroz y pollo para la cena.

Los residentes han abierto sus hogares a familias que huyen de Nur Shams y Tulkarem.

“Este es nuestro deber en la actual situación de seguridad”, dijo Thabet A’mar, el alcalde de Anabta.

Pero enfatizó que la mano acogedora de la ciudad no debe ser malinterpretada como otra cosa.

“Insistimos en que su desplazamiento es temporal”, dijo.

Cuando comenzó la invasión el 2 de febrero, las excavadoras israelíes rompieron tuberías subterráneas. Los grifos se secaron. Las aguas residuales brotaron. La conexión a internet se interrumpió. Las escuelas cerraron. Las provisiones de alimentos disminuyeron. Las explosiones resonaron.

Ahmad Sobuh podía entender por qué sus vecinos eligieron huir del campamento de refugiados de Far’a durante la incursión de diez días de Israel. Pero él recolectó agua de lluvia para beber y se atrincheró en su hogar, jurándose a sí mismo, a su familia y a los soldados israelíes que golpeaban su puerta que se quedaría.

Los soldados lo desaconsejaron, informando a la familia de Sobuh el 11 de febrero que, debido a que una habitación había levantado sospechas por contener cámaras de seguridad y un objeto que parecía un arma, volarían el segundo piso.

Las cámaras de vigilancia, que los soldados israelíes argumentaron que podrían ser aprovechadas por milicianos palestinos, no eran inusuales en el volátil vecindario, dijo Sobuh, ya que las familias pueden observar las batallas en la calle y las operaciones del Ejército israelí desde dentro.

Pero la segunda afirmación lo llevó a subir las escaleras, donde encontró la pipa de agua de su sobrino, que tenía forma de rifle.

Horas más tarde, la explosión dejó la habitación de su sobrino expuesta al viento y destrozó la mayoría de las demás. Era demasiado peligroso quedarse.

“Están haciendo todo lo posible para empujarnos fuera”, dijo sobre el Ejército israelí, que, según la agencia de la ONU para refugiados, ha demolido cientos de hogares en los cuatro campamentos este año.

El Ejército israelí ha descrito su campaña actual como un esfuerzo crucial de contrarrestar el terrorismo para prevenir ataques como el del 7 de octubre, y dijo que se tomaron medidas para mitigar el impacto en los civiles.

UN REGRESO ESCALOFRIANTE

Lo primero que notó Doha Abu Dgehish sobre la casa de cinco pisos de su familia diez días después de que las tropas israelíes las obligaron a irse, dijo, fue el olor.

Al aventurarse dentro mientras las tropas israelíes se retiraban del campo de Far'a, encontró comida en descomposición e inodoros llenos de excrementos. Los periquitos de compañía habían desaparecido de sus jaulas. Las

páginas del Corán habían sido profanadas con dibujos explícitos. Las fuerzas israelíes parecían haber utilizado explosivos para volar cada puerta de sus bisagras, a pesar de que ninguna había estado cerrada con llave.

Rama, su hija de 11 años con síndrome de Down, gritó al encontrar la falda de su muñeca rasgada y su cara cubierta con más dibujos explícitos.

Los periodistas de AP visitaron la casa de los Abu Dgehish el 12 de febrero, horas después de su regreso.

Casi dos docenas de palestinos entrevistados en los cuatro campamentos de refugiados de Cisjordania este mes describieron cómo las unidades militares tomaron el control de hogares civiles para usarlos como dormitorios, almacenes o puntos de observación. La familia Abu Dgehish acusó a los soldados israelíes de vandalizar su hogar, al igual que múltiples familias en Far'a.

El Ejército israelí culpó a los milicianos por mezclarse en la infraestructura civil. Los soldados pueden "tener la necesidad de operar desde hogares civiles durante períodos variables", dijo, añadiendo que la destrucción de propiedad civil era una violación de las reglas del Ejército y no se ajusta a sus valores.

Dijo que "cualquier incidente excepcional que genere preocupaciones sobre una desviación de estas órdenes" se aborda "de manera exhaustiva", sin dar más detalles.

Para Abu Dgehish, los desperfectos plasmaban la conmoción emocional del regreso. Nadie sabe cuándo tendrán que volver a huir.

"Es como si quisieran que sintiéramos que nunca estamos a salvo", dijo. "Que no tenemos control". (AP)